

# PAIDÓS

## Capítulo 1

---

### Viaje hacia su infancia

Todo está listo para empezar el viaje. El Toyota Corolla gris perla de Isidro Antunez fue lavado y encerado: espera, paciente, estacionado en el medio del galpón en el que pronto cenarán unas cuatrocientas veinte personas. La salsa de tomate crepita en las ollas de la cocina contigua.

El baúl del auto está lleno de bolsos y mercaderías como aceite, harina, yerba, azúcar. En esta tarde que se escapa al templado invierno, gran parte de la familia se halla reunida para la partida.

—¡El frío que debe hacer en esta época en Santiago, mi Dios! —suelta Mónica del Valle Delgado, grandota, el pelo largo y negro, ladera fiel de Margarita. Mónica también es santiagueña.

Entonces baja ella. Con parsimonia, uno a uno, desciende los peldaños de la escalera gastada de cemento. Se ha puesto unas babuchas negras de algodón que le llegan hasta los tobillos, un remerón violeta, zapatillas y un cárdigan. Lleva atado el pelo en una cola bien tirante; parece que hubiera usado gominina. Luce muchos años más joven que otros días, esos días en

# PAIDÓS

26 / LUCIANA MANTERO

que absorbe los problemas y las miserias de las mil quinientas<sup>1</sup> personas que comen diariamente allí.

–¿Cómo le va, señorita? –saluda con una sonrisa.

Trae a las nenas de la mano: sus nietas –Micaela, de 8 años, y Daiana, de 7– y Zoe, de 5, a quien rescató unas semanas atrás de las noches heladas, la calle y la basura, por pedido de su madre, adicta a las drogas.

Margarita entra en el auto y guarda en un hueco, cerca de la caja de cambios, un estuche azul donde atesora sus maquillajes.

–Mis hijos no me dejan salir así nomás. Isidro tampoco. Me retan. Dicen que tengo que cuidarme, estar bien –se justifica.

Otros nietos también quieren subir al auto para ir con *Mami*, como la llaman casi todos. Mónica los frena en seco.

Nos acomodamos. Somos solo seis los integrantes de esta aventura hacia los orígenes de Margarita Barrientos, hacia Añatuya, hacia el monte santiagueño, hacia el medio de la nada.

El Corolla arranca.



Ya anocheció en la Panamericana e Isidro, que perdió su brazo derecho hace veinticinco años, maneja su auto con caja de cambios automática y “perilla al volante”,<sup>2</sup> como indica su registro de conducir. Lo hizo durante mucho tiempo sin controles especiales: hacía los cambios cruzando el brazo izquierdo y soltando el volante. Por suerte, no hubo consecuencias. Pero, un buen día, decidió ponerse en regla.

–No somos de viajar mucho tampoco –aclara Margarita–. Una vez nos fuimos a Los Cocos, en Córdoba. Nos había conseguido todo María Pricewaterhouse. –En verdad se llama María y trabaja en PricewaterhouseCoopers; es una colaboradora que aparece de vez en cuando para invitarla a comer, hacerle

1. A principios de 2017 eran dos mil seiscientas.

2. Una especie de agarre que le permite mayor poder de maniobra.

# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 27

algún regalo o donar alimentos—. Los pasajes, por gentileza de Julio Comparada, el presidente de Independiente, y una semana en el hotel de gastronómicos, por Luis Barrionuevo. ¡No duramos ni cuatro días! A los tres días ya nos queríamos volver. Es que nos cuesta salir, estar lejos. En la Fundación siempre hay muchas cosas que atender. Para las próximas vacaciones, Martita y Dorys [que se acercaron a colaborar y terminaron como íntimas amigas de Margarita] se van a Mar del Plata y nos están invitando. Vamos a ver.

Margarita viaja atrás, por las nenas. Me tocó el asiento del acompañante. Estoy a cargo de mantener despierto a Isidro, de poner y sacar los CD, de alcanzar el dinero para los peajes. A pedido de Margarita suena una chacarera de Sixto Palavecino, como para entrar en clima, para ir llegando a Santiago.

—Yo tuve documento a los 16 años recién —recuerda—, cuando me junté con Isidro. Ahí se fijaron, y yo estaba asentada como Barrientos. Dicen que nací en otra tapera en que vivíamos antes, por la zona de El 25, cerca de Añatuya. Pero me habían llevado al hospital en sulky después, como a seis leguas [30 kilómetros], porque mamá estaba mal. Sé que nací el 12 de octubre del año 1961. No sé la hora. Dicen que estaban los testigos, que eran doña Edelmira Busto y doña Cristina Sánchez, las comadronas. Dicen que ellas son las que avalan que yo nací ese día.

Ya entonces, la provincia de Santiago del Estero, cuya riqueza forestal había representado a principios del siglo pasado el 10% de la del país, estaba hecha jirones. Se había desangrado lentamente desde la década del veinte por la desmedida tala de árboles. La madera se vendía al ferrocarril; de los quebrachos se extraía el tanino, una novedosa sustancia que conservaba el cuero, para euforia de las tiendas del mundo. Cuando acabaron estos recursos, los capitales extranjeros, como la predominante Forestal inglesa, se marcharon. Quedó el vacío y la miseria.

La zona, parte del llamado Gran Chaco, se venía vaciando de gente desde hacía algún tiempo. Los santiagueños emigraban a

# PAIDÓS

28 / LUCIANA MANTERO

Buenos Aires en busca de un destino mejor. Los “cabecitas negras” que habían aclamado a Juan Domingo Perón años antes, muchos de ellos asentados en las villas miseria de la gran ciudad, invitaban de a poco a sus familiares y amigos. Había trabajo: primero, gracias a la profundización de las políticas de sustitución de importaciones del peronismo; luego, por el aliento de la industria pesada (acero, petroquímicas) con inversión de capitales extranjeros, eje del desarrollismo de Arturo Frondizi. Este largo éxodo trasplantó a unos ochocientos mil santiagueños.<sup>3</sup>

En los años sesenta comenzó la decadencia del ferrocarril del que Añatuya vivía y que le daba sentido: era un punto neurálgico, donde se hacía el cambio de vía y la rotación de personal, donde se hallaban los talleres de arreglo y reposición de vagones y máquinas. Quienes no podían, no sabían o no querían irse a la ciudad, intentaban para entonces sobrevivir como peones rurales, un trabajo mal remunerado, de sol a sol, casi esclavo, talando árboles o quemando la madera en hornos insalubres, buscando los pocos obrajes que iban quedando. La gran región del Chaco Santiagueño, orgullosa de sus mitos, su riqueza, su impronta cultural, se desahuciaba. La palabra *desmonte* no se generalizaría hasta cuarenta años después, de la mano de los ambientalistas.



Vamos por la ruta 9 desde hace tres horas. Hay hambre en la tropa e Isidro sugiere parar en San Nicolás. El mecanismo de toma de decisiones que se repite a lo largo del viaje es el mismo de todos los días en ese matrimonio: Isidro propone y Margarita dispone; o Margarita ordena; o bien un tercero propone e Isidro dice: “Lo que diga Margarita” y ella aprueba

3. Es decir que se ha ido de Santiago históricamente casi la misma cantidad de personas que hoy viven allí (según el censo nacional, en 2010 la provincia tenía 874.006 habitantes).

# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 29

o calla. Muchas veces, esos silencios son interminables. Y, aun cuando la decisión parece ya tomada, se la reserva y mantiene al resto de la comitiva en vilo, expectante. Para Isidro, esto parece ser normal, o quizás tan frecuente que no le produce irritación alguna. Espera: se somete a un momento de falta de gravedad hasta que Margarita decide comunicar su sentencia.

Comemos en un parador rutero de San Nicolás, cargamos *gasoil* (como llaman los Antunez-Barrientos a todos los combustibles, aunque en realidad el auto lleve nafta) en la estación de servicio contigua y seguimos viaje. Hasta Rosario gozamos de los beneficios de la autopista: iluminación, triple carril, puestos de alimentos y estaciones de servicio frecuentes. A partir de allí, la gran ciudad queda atrás y nos adentramos en la oscuridad del verdadero interior del país. No hay luna y los vidrios están empañados.

Por la ruta nacional 34, que atraviesa Santa Fe de Sureste a Noroeste, los pueblos se hacen esporádicos. En una noche nublada, el campo desfila opaco: misterioso primero, monótono después. Las horas pasan; la quietud y el sueño nos invaden. Las nenas duermen desparramadas en el asiento de atrás: una se estira en una especie de cama armada en el piso; las otras apoyan las cabezas en sentido opuesto sobre la falda de Margarita, que está sentada en el medio. También ella empieza a callar más seguido. Luego, el silencio. Y luego se duerme.

El matrimonio Antunez-Barrientos tiene una ecléctica gama de CD en la guantera. Las chacareras, las cumbias del grupo Palmeras, el melódico Luciano Pereyra, el folclore de Soledad y el melódico pop del ex integrante del Club del Clan Leo Dan, que Margarita suele corear entusiasmada. Por ahora, unas cumbias del Quinteto Imperial atajan la modorra.

—Estoy bien, señorita. Duerma —me asegura Isidro—. Estoy acostumbrado, soy de poco sueño. Cuando era peón en Corrientes, me levantaba a las cinco. Ahora, algunos días también, porque, si no, el agua no hierve pa'l desayuno. Son como 90 o 100 litros cada olla. No tengo quien me reemplace. A veces, mi

# PAIDÓS

30 / LUCIANA MANTERO

hijo Oscar, que se queda estudiando a la noche. Él me ayuda a mí y yo a él, que no le falte para la facultad.<sup>4</sup>

Paramos cuatro veces en estaciones de servicio solitarias para estirar las piernas y tomar algo. No hay mate en el auto: sería imposible tomar y manejar con una sola mano. Viajamos a una velocidad de entre 80 a 120 kilómetros por hora. Isidro es prudente, pero duda todo el tiempo; en un viaje de 950 kilómetros, las horas por venir parecen interminables.

Entramos en Santiago del Estero. Margarita se despierta y se vuelve a dormir. Estoy agotada y los párpados me pesan, pero, a pesar de que Isidro me dice una y otra vez que duerma, que no tiene sueño y que está bien, hago un esfuerzo enorme por seguir despierta. Estoy convencida de que puedo evitar un accidente si no duermo; me aferro a la cristalina voz de Luciano Pereyra. Pero a las cinco de la mañana, casi once horas después de haber partido, me rindo, me entrego, soy consciente de la derrota...

—¡Isidro! ¡Doblá, Isidro! ¡Nos chocamos! ¡Doblá, Isidro, qué hacés! ¡El camión!

Me despiertan con un sobresalto los gritos de Margarita. Lo primero que veo con los ojos todavía entornados es un camión que viene de frente. Mi primer instinto es agarrar el volante; pienso: “Sonamos, se quedó dormido”. Pero algo no cuadra: Isidro no hace ningún movimiento brusco, parece tranquilo, y me mira perplejo, mientras yo estiro mi brazo hasta tocar el volante. De reojo, veo pasar al camión de costado y me doy cuenta de que estamos en una curva.

—¿Qué te pasa? —le dice Isidro a Margarita, divertido—. ¡Te quedaste dormida! —Y se ríe, tímido, como es él.

Trago saliva y respiro hondo. Margarita, con voz sonámbula, se ríe también y ensaya una especie de disculpa.

4. Para esa época Oscar estudiaba Locución en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES). Luego abandonaría para entrar a la Policía Metropolitana.

# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 31

Todavía estoy en *shock*. Mi sueño habrá durado –calculo, con pocas referencias– entre diez y treinta minutos. Pasamos el pueblo de Real Sayana y decido que, desde ese momento hasta que lleguemos, mejor sigo despierta.



Unos 30 kilómetros después, justo pasando Colonia Dora, doblamos a la derecha por la ruta provincial 92 y encaramos los 20 kilómetros finales hasta Añatuya. A las seis y media entramos en esa ciudad de casas bajas y plazas rectangulares, sombría, en la que todavía no ha amanecido. Unos diez hombres, todos con las capuchas puestas, caminan por distintas calles, pegados a la vereda, cargando un escobillón al hombro.

–Son los barrenderos, que empiezan a trabajar temprano –me aclara Isidro.

El trabajo público en toda la provincia es la fuente principal de sustento para la mayoría de familias que viven en las ciudades y pueblos. Se oye el canto de los gallos.

Algunas versiones dicen que el nombre *Añatuya* proviene de la voz quechua que significa ‘zorrino’; de ahí que este sea el símbolo de la ciudad. Existen también otras que aseguran que viene del guaraní: *aña* (‘diablo’) y *tuya* (‘viejo’).

La ciudad de la que Margarita cuenta que partió con lo puesto la recibe ahora, según dice, con “el mejor hotel”. Isidro va de memoria. Cada una de las veces que volvieron al pueblo, pararon allí. Desde que pudieron darse el lujo de pagar el viaje, a mediados de los noventa: la habitación doble, con desayuno, costaba en 2009 unos 120 pesos. Es un hotel céntrico de dos estrellas que se llama Difuncor, en homenaje a la Difunta Correa. Tiene una sola planta, habitaciones con baño privado, viejos aires acondicionados y rústicos televisores con cable. Al frente, el salón de estar y comedor.

Los Antunez-Barrientos se instalan en una sola pieza. Yo me dirijo a otra, a un patio de distancia. Quedamos en encontrar-

# PAIDÓS

32 / LUCIANA MANTERO

nos a las nueve de la mañana para desayunar. Solo dos horas para dormir después de medio día de viaje... Por no contradecirlos, acepto.

Disciplinadamente, mojo la primera medialuna en el tazón blanco del café con leche a las nueve y veinticinco. Isidro se arrima, con cara de cansado, veinte minutos después. Margarita aparece a las diez y media.

—¿Vio qué rico el desayuno? Las nenas se quedaron durmiendo —me dice. Las cuidará la encargada del hotel, vieja conocida, ya de confianza. Toma su café con leche, come los bizcochitos y partimos.



Margarita dejó Añatuya de chica y, si bien allí es conocida —fue declarada ciudadana ilustre—, no lo es masivamente. Cuando camina por la calle, los jóvenes con los que se cruza no parecen tener idea de quién es. Los que pasan los 40 cuchichean al verla pasar, tal vez preguntándose si es o no es. O la reconocen y la miran fijo, pero no se le acercan.

—Añatuya me trae muy pocos recuerdos. Porque anduve muy poquito, ¿vio? Porque, cuando yo era chica, al pueblo no se venía nunca. Eran como 10 leguas. Venía mi mamá, pobrecita, al hospitalito. Ahí estaba la estación de tren.

Señala una plaza de cemento rectangular con árboles frutales y una construcción típicamente ferroviaria que hoy es una oficina municipal. Está ubicada en pleno centro, a la vera de una de las avenidas más transitadas. Justo en el límite donde termina la zona residencial y comienzan los barrios más pobres.

—Usted no sabe lo que es saliendo de aquí, como yendo para El 25: es una cosa de ponerte a llorar. Los ranchitos, todos de adobe. Acá, mucha gente muere picada por la vinchuca del mal de Chagas. Porque acá la chinche camina por las paredes de las casas de barro. Antes, cuando mi mamá tenía mal de Chagas, le daban unas pastillas. No sé quién le daba, el mismo doctor.



# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 33

Unos Gamexane que ella tenía que llevar y prender en la casa y dejarlo, ¿vivo? Dos días no teníamos que entrar. Para que caigan los bichos.

El mal de Chagas es una enfermedad silenciosa asociada con la miseria y la indigencia. Para las clases medias y altas de las grandes ciudades, no existe, a menos que se crucen con alguien nacido en el centro o norte del país o en países fronterizos en algún rancho humilde. Además de las consecuencias físicas, causa aislamiento. A pesar de que no es contagioso y de que el 70% de los portadores no tiene síntomas, la ignorancia produce miedo; y el miedo aleja a los demás.

Lo transmite la vinchuca, un insecto similar a una chinche que recorre con sigilo las paredes de barro y los techos de paja de los ranchos. Con el desmonte, se reprodujo de forma descontrolada y migró de los árboles a las casas. Cuando pica, introduce un microorganismo (*Trypanosoma cruzi*) que navega por la sangre y suele alojarse cerca del corazón. Los portadores del mal que muestran síntomas (un 30% de los picados) suelen sufrir lesiones cardíacas, neurológicas o (como la mamá de Margarita) digestivas, que con los años les pueden producir la muerte.

La enfermedad había sido casi desterrada en los tiempos del primer peronismo, en los años cincuenta, con las campañas sanitarias del ministro Ramón Carrillo. Pero recrudeció luego, sobre todo en Santiago del Estero y Chaco. Hoy, en la Argentina viven con esta enfermedad –según datos de la Organización Mundial de Salud– unos tres millones de personas.<sup>5</sup> Cada año nacen unos cuatro mil bebés con mal de Chagas, de los que se detectan solo trescientos.<sup>6</sup> Por lo general,

5. Sin embargo, según datos del Ministerio de Salud de la Nación de febrero de 2017 son 1,6 millones; hay diez millones de personas expuestas y trescientas mil afectadas por “cardiopatías de origen chagásico”.

6. En 2015, sin embargo, según el Ministerio de Salud nacional, se estudiaron 1926 casos sospechosos, de los cuales ochenta y dos se confirmaron como positivos.

# PAIDÓS

34 / LUCIANA MANTERO

llegan a este mundo como Margarita: en un rincón perdido de la pobreza.



El Corolla viaja por la ruta provincial 92, rumbo a Quimilí: son 32 kilómetros hasta El 25. El paisaje es semiárido y plano, de un color entre amarillento y verde seco, y plagado de arbustos y matorrales. Puro monte sin ondulaciones, a 35 kilómetros del río Salado. Según los entendidos, más que la sequedad, lo que dificulta la agricultura es el salitre del suelo. Se ve a lo lejos algún animal corriendo, que Margarita identifica como un ñandú. Me cuenta que a veces sus tíos Miguel y Fortunato, que aún viven en la zona, le mandan por encomienda chivitos y matacos (animal similar al quirquincho). Cada tanto, hay extraños iglúes de barro con chimeneas. El sol radiante embellece el lugar.

Sobre la mano derecha, dejamos atrás el cementerio de Nasaló, donde están enterrados la madre y otros familiares de Margarita; volveremos en unas horas. Unos 100 metros después, de los matorrales asoma la estación de tren Nasaló: una típica casona blanca y rectangular con techo de chapa, a unos 80 metros de la ruta. Según el historiador local Luis Alén Lascano, Nasaló era el nombre de una comunidad indígena que habitaba esos pagos. Las vías del ferrocarril General Belgrano corren paralelas a la ruta.

Se ven entradas de campos y chivas sueltas. A mano izquierda, hay un cartel que anuncia la propiedad La Arboleda y, justo después, un puesto de venta de comidas, cerrado. Ahí nomás, sobre la derecha, está la entrada de El 25.

Salimos de la ruta y, a unos 10 metros, cruzamos las vías. Por eso, Margarita lo llama también *Apeadero El 25* (la Real Academia Española define *apeadero* así: “En los ferrocarriles, sitio de la vía preparado para el servicio público, pero sin apartadero ni los demás accesorios de una estación”). Allí se paraban los viajeros a esperar que viniera el tren. Muchas veces,

# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 35

uno de sus abuelos, Isidro Barrientos, los invitaba a comer un plato caliente para que no pasaran frío. Vivía a 250 metros, cruzando la tranquera, en una amplia construcción de ladrillo a la vista con techo de paja (de las mejores de la zona), en la que hoy vive uno de sus hijos, Fortunato, tío de Margarita.

El 25 está ubicado en el centro-este de la provincia. Margarita repite una y otra vez que nació en “El 25, departamento de Matará”, porque este fue el nombre que tuvo hasta 1975, que remite al pueblo originario matará. Después, el rasgo indígena pasó de moda y se decidió honrar al brigadier general Juan Felipe Ibarra, caudillo que gobernó Santiago desde 1820 hasta su muerte, en 1851. El 25 queda justo en el límite con el departamento de General Taboada, al que sí pertenece la ciudad de Añatuya.

–Acá llueve cada ocho o nueve meses. En el verano hace 48,50°. Y el invierno es crudo. Frío seco –cuenta Fortunato–. Se te cortajea la mano. Ocho grados bajo cero. Hay jabalíes, pumas, guazunchos [tipo de ciervo mediano], armadillos, toda clase de iguanas, víboras, bichos venenosos como arañas y escorpiones. Las cobras pueden matar ciento cincuenta personas con una dosis de veneno.

Trabaja en el campo abriendo caminos. Dos veces por semana va y viene de Añatuya en bicicleta: 32 kilómetros de ida, 32 de vuelta. Tiene 66 años.

Supuestos parentescos con personajes históricos abundan en la rama materna de Margarita. Cuenta la historia familiar que la hermana de la tatarabuela, Ilifonsa Ávila, habría sido pareja –no tienen precisiones sobre el tenor de la relación sentimental– del general Manuel Taboada, caudillo local durante más de veinte años (en las décadas de 1850 y 1860) y aliado del Gobierno del presidente Bartolomé Mitre. De la unión entre Ilifonsa y Romualdo Aballai o Avallai (nadie está muy seguro y no quedan registros) nació Aurelia Ávila.

Aurelia, abuela materna de la madre de Margarita, no hablaba castellano, solo quichua o quechua santiagueño, idioma

# PAIDÓS

36 / LUCIANA MANTERO

que aprendieron su hija, su nieta e incluso Margarita, aunque ahora lo haya olvidado casi por completo. No sabía leer ni escribir y era toba, pueblo originario del lugar. Esos rasgos aindiados, bien morochos, genéticamente dominantes, se fueron transmitiendo de generación en generación. Aurelia se casó con Juan Villarreal el 27 de mayo de 1903 y dio a luz en la ciudad de Pinto a Francisca Ávila, abuela materna de Margarita.

José Barrientos, el abuelo paterno de la madre de Margarita, había llegado de España con doce hermanos que se repartieron en distintos países de Latinoamérica. Dicen los mitos familiares que René Barrientos Ortuño, presidente (primero de facto y luego constitucional) de Bolivia entre 1964 y 1969, es pariente suyo. José y su esposa, Dorotea Farías, engendraron a Isidro Barrientos, el abuelo de Margarita, que nació el 15 de mayo 1901 en Colonia Dora.

De la unión entre Isidro Barrientos y Francisca Ávila nació Saturnina Barrientos, la madre de Margarita.

Del otro lado de su árbol genealógico, los Escalada, casi no hay información.

—A los padres de mi papá no los conocí. Vivían en otro lado. Porque mi papá era hijo de gringos, creo que italianos. Vivían en la capital, en Santiago.

Margarita siempre menciona a su padre con tono admirativo. En alguna ocasión me dijo:

—Él se llamaba Carlos Alberto Escalada. —Y, al pronunciar el nombre, impostó la voz como si estuviera hablando de un héroe de telenovela—. Qué lindo nombre, ¿no? Era un hombre bien colorado..., medio petisón. Con ojos verdosos. Y era muy discriminador a la vez. Por ejemplo, yo me llamo Barrientos, el apellido de mi mamá, porque él no me quería *dar cuenta*, porque yo era negra como mi mamá. A mí todos me decían *gringa*. ¡Gringa negra era! ¡Me parece que era para reírse de mí!

Y, cuarenta años después, también ella ríe.

Carlos Escalada era, para varios integrantes de la familia, un mito viviente.

# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 37

–Tenía una oratoria, una forma de explicar que uno entendía. Contaba historias del Chaco, de gauchos asesinos –me dijo Fortunato.

Con esa oratoria y ese dramatismo, Escalada relató una noche de fogón su encuentro con el legendario bandolero Mate Cosido, el Robin Hood argentino al que León Gieco dedicó varias estrofas de la canción “Bandidos rurales”.

En *Wikipedia* dice que Mate Cosido era un hombre culto que se comportaba con humildad y educación y que, en cada lugar, pagaba generosamente los servicios recibidos. Vestía como peón rural o como viajante para no levantar sospechas. Robaba a empresas poderosas, como Bunge y Born, Dreyfus o La Forestal –famosa por las crueles condiciones laborales a las que sometía a los peones–, para, según la leyenda, ayudar a los pobres.

–En el año 42 había muchos bandidos. Y había uno que se llamaba Mate Cosido. Habían ido a asaltar un banco en Quimilí, a 25 kilómetros de El 25, en el kilómetro 499. Se llevaron la plata y se fueron al monte. Allí se los cruzó Escalada, que se iba pa’l Chaco varias veces, por trabajo, a juntar algodón.

Fortunato no recuerda si, además del saludo de rigor, pasó algo más en ese encuentro. Pero Mate Cosido era idolatrado de tal forma en la zona del noroeste argentino que haberle visto la cara era motivo de cuento para transmitir de generación en generación.

Carlos Alberto Escalada nació en 1929 en la ciudad de Garza, Santiago del Estero. De joven trabajó como peón rural en distintas cosechas y obrajes forestales, pero se fue especializando en la producción artesanal del carbón vegetal.

–Se hace todo a mano. La leña se corta con hacha y se junta con una sogá. Se hace un montoncito con forma cónica, que se llama *parva*, que tiene 100, 200, 300 metros, con un agujerito todo en el medio. La parvita tiene que estar armada como corresponde, que no cualquiera la arma. Después se le pone suficiente pasto, se la tapa y se la cubre con tierra.

# PAIDÓS

38 / LUCIANA MANTERO

Y, una vez que queda bien cubierta, se le hace un agujerito abajo, de entrada de aire, y se le pone fuego de arriba. Una vez que agarra el fuego con fuerza, se la tapa arriba y se la abre a los costados para que vaya haciéndose el carbón; y es así que se hace el carbón. Así lo hacía el papá de Margarita. El vapor cocina la leña, qué cosa increíble. Y el carbón no sale prendido ni nada.

Hoy, en el monte, me contó después Fortunato, el carbón se hace en esos hornos gigantes de ladrillos con forma de iglúes que había visto a la vera de la ruta.

—Mi padre era una persona muy trabajadora, muy honesta. A él lo buscaban de todos lados. Muy buscado era... Hacía carbón muy lindo... Se ve que era una persona muy andariega, porque pasaba días y semanas afuera de casa —recordó Margarita.

Escalada trabajaba como peón en los campos de su abuelo Isidro. Así conoció a Saturnina Barrientos, la madre de Margarita, alrededor de 1946, cuando ella tenía 13 años y él 17. Ambos eran católicos, pero se casaron por el registro civil.

A pesar de que Margarita siempre cuenta que vivió una infancia muy pobre, recalca una y otra vez, con orgullo, que su abuelo era un hombre de buen pasar.

—Mis abuelos maternos eran gente de una posición económica importante, vio. Vivían ahí nomás de nuestra casa. Mi abuelo era dueño de 1300 hectáreas de campo. Donó parte de sus tierras para la escuelita y el cementerio. Era una persona muy poderosa, muy elegante. Muy buen mozo. Y, aparte, el roce que él tenía con la gente de plata... Venían a la casa hasta intendentes. Era una persona muy educada. Yo siempre recuerdo cuando festejó una vez su cumpleaños. Yo nunca en mi vida había visto una torta, nunca. Y esa vez la vi. Y me acuerdo que estábamos con mi papi a oscuras, parados en un rincón, y cuando había que comer yo agarré uno de los pisos de la torta... ¡Y había sido que justo ese era yeso!

Según Fortunato, Isidro, su padre, apenas sabía leer y escribir, pero “tenía amistades” que lo ayudaron a hacer negocios.

# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 39

Era apasionado por el acordeón y por el trago. Tenía un tractor Massey Ferguson para trabajar el campo, que era la joyita de la zona, y era dueño de un almacén.

–Usted sabe que cuando él falleció y se hizo la sucesión, por 1997, todos los hijos recibieron una herencia. Y a mí me correspondió, por ser nieta, 132 hectáreas de campo, que yo se las regalé a todos mis sobrinos. Ellos viven en el pueblo y trabajan en el campo. Jamás se me ocurrió venderlo. Nunca lo había pensado –dijo Margarita.



El camino que va desde la casa del abuelo de Margarita hasta el lugar donde ella vivió toda su infancia serpentea entre alambres de púa que delimitan campos ajenos. A un lado se halla la casa de Alejandra Herrera, una de sus amigas de la infancia. Hacemos una escala para saludarla. Margarita e Isidro se bajan del Corolla, ostentoso al lado de la casita de cemento y piso de tierra. En el interior, los ambientes se separan con frazadas.

–¡Qué hacés, mamita! ¡Tanto tiempo! –saluda Alejandra, con un grito agudo.

Ronda los 51 años, tiene ocho hijos y habla hasta por los codos. Nunca se fue de El 25 ni planea irse. Ese paraje seco, desdentado de árboles, es su mundo, su pasado y su futuro. Viniendo de la ciudad es difícil imaginarse toda una vida allí. Margarita dice que no volvería a vivir allí ni loca.

En la zona, cuenta Alejandra, cada vez hay menos trabajo. Su marido<sup>7</sup> hace changas, como cortar leña o producir carbón. Además, en cada atardecer transforman la galería de su casa en un bar. En las noches de El 25, el cielo es estrellado o aterradoramente oscuro, limpio de luces a kilómetros de distancia. Por allí pasan los paisanos a charlar, cervecita en mano.

7. Gregorio Sosa, el marido de Alejandra, falleció en 2016.

# PAIDÓS

40 / LUCIANA MANTERO

Si llueve, los protege el techo de la galería, armado a la manera tradicional: unos cuantos palos de madera bien fuertes, por ejemplo de quebracho, se clavan en la tierra; estos sostienen un par de vías de ferrocarril recicladas, sobre las que se apoyan cruzados unos troncos. Arriba se pone un nailon negro y, después, la terminación es una mezcla de barro, pasto y paja.

Calentamos agua en un brasero. Alejandra le pregunta a Margarita si trajo yerba. Se hace un silencio incómodo. Ella responde que no. Desde que se volvió una persona reconocida, en 1999, Margarita regresó varias veces a El 25. En todas llegó con algo bajo el brazo: donaciones, incluso camiones llenos de mercadería.

Tomamos mate con la yerba de Alejandra.

En El 25, el agua para lavar la sacan de un pozo (tiene demasiado salitre para tomarla) y consumen la que compran envasada. Cocinan a leña y, de vez en cuando, con garrafa; tienen luz gracias a un pequeño generador que compraron cuando decidieron poner el bar y ven televisión en un aparato que viene con batería propia.

—La conozco de cuando íbamos al colegio... Era una escuela rancho, todos estudiábamos en la misma aula. Jugábamos al arroz con leche y esas cosas de la infancia, ¿vivo? Ella antes era así, como es ahora —cuenta Alejandra.

Margarita fue hasta tercer grado a la escuela 11, muy cerca de su casa.

—Mi primera maestra era la señorita Elsa Gancedo. Era muy buenita. Ella venía del pueblo. Y, después, cuando ella se fue, vino Mario Alberto Vera con su señora, Dora. Era lindo. A mí me gustaba leer más que hacer cuentas. Íbamos con guardapolvo blanco con tablitas, abrochado atrás. Esos usábamos yo y mi hermanita. Nos lo planchaba mi mamá con plancha de brasa. Nosotros, creo que éramos los más pobres de todos, ahí. Íbamos a la escuela por comer y traer la comida que sobraba.

Los minutos pasan hablando sobre algunas personas que vivían en la zona, sobre recuerdos imprecisos y sobre la si-



# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 41

tuación en Buenos Aires. El mate dura poco porque Isidro se pone ansioso (las nenas aún están en el hotel) y Margarita se levanta y propone llevarme a conocer el lugar donde estaba la casa de su infancia.

Es un camino de tierra delimitado por arbustos y alambres que rodean un campo interminable. Se ven solo dos casas a lo lejos: las de los tíos Fortunato y María Barrientos. Caminamos unos 200 metros hasta el final y doblamos por otro camino que se despliega, perpendicular, unos 100 metros más. Allí nos adentramos por un matorral espeso hasta divisar un sendero que el tiempo fue borrando casi por completo. Hacemos unos 20 metros en zigzag; luego, Margarita se detiene a mirar un cacharro viejo, todo abollado y herrumbrado, que está casi escondido entre las ramas de los arbustos marrones y ásperos. Era, dice, una olla que usaba su mamá para cocinar los guisos.

Estoy esperando ver, al menos en ruinas, la casa de la infancia de Margarita Barrientos. En lugar de eso me encuentro con la nada: un espacio en medio de la vegetación autóctona, que ha crecido borrando todas las marcas. Alejandra –que habla y habla compulsivamente– explica:

–La casa quedó abandonada. Y se han robado todo con los años.

–La casa donde nací era de adobe, muy grande, con dos piezas. El techo era de barro y paja –cuenta Margarita–. Todo alrededor era revocado con barro. Sacábamos el agua de una represa, que era de mi abuelo, y de un pozo. La colábamos y la tomábamos. [No tenían luz y cocinaban a leña.] Teníamos un fogón por ahí, más o menos... –señala un rincón que hoy es solo tierra y ramas–. Cuando hacía mucho frío llevábamos los braseros, con brasas...

Se queda en silencio y mira la tierra. Intuyo que no hay lugar para más preguntas y recorro los alrededores callada. Alejandra e Isidro hacen lo mismo. Cuando me vuelvo a acercar, unos minutos después, está llorando.

–Esta palmera la trajo mi papá, desde Añatuya. La plantó él. Me hace acordar a mi mamá. Cuando se murió, fue el mo-

# PAIDÓS

42 / LUCIANA MANTERO

mento más difícil de mi vida. Allá estaba el corral donde guardábamos los animales. Allá la huerta que cuidábamos. De ahí comíamos.

La pobreza en la que nació y vivió Margarita los primeros años de su vida era una pobreza rural, mucho más ingenua que la urbana. No estaba rodeada del torbellino narcisista del consumo. No tenían nada, pero tampoco sentían que necesitaran mucho más. Vivían de la tierra y los animales. Tenían ovejas, vacas, caballos, gallinas, cabras, burros...

—Mi mamá sabía sembrar. No había agua, pero ella tenía zanahoria, perejil, todo. Y a nosotros nos gustaba y sabíamos arar. Teníamos una burrita y le atábamos el arado. En casa, comida no faltaba. No había carne, pero seguro que [cocinaba] un guaschalocro [un guiso de verduras con zapallo criollo] que, como ella lo cocinaba, parecía que tenía carne. Eran tiempos lindos. Uno vivía esos años de una manera feliz, sin pensar en nada, porque no conocíamos otra cosa. Aunque no tuviéramos frazadas para taparnos, estaba mi mamá. Y era ella. Mi mamá era todo, era la luz del día. ¡Era una persona tan buena!

Saturnina Barrientos nació en 1933 en Los Linares, un pueblo de quinientos habitantes cerca de la ruta hacia Los Jurés, a 25 kilómetros de El 25 a campo traviesa. Como su esposo, no fue a la escuela. Poseía una salud muy frágil. “Mi mamá tenía cáncer de estómago y mal de Chagas”, me dijo un día Margarita. Pasó su infancia viéndola enferma y visitando médicos (alguna vez habría estado internada en el desaparecido hospital Salaberry de Buenos Aires). En varias oportunidades, Escalada vendió las cabras y otros animales para pagar a algún curandero de la zona.

Le decían *Yatu* y, según la tía María, era “gordita y alegre, muy amable, como su hija”. El parecido entre Saturnina y Margarita es impresionante. Margarita atesora en su casa una foto de su madre y otra de su padre, ambas amarillentas por el paso de los años, en un portarretratos mediano de madera gastada. Los dos miran serios, de frente, en un primer plano de

# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 43

cara y cuello. Él tiene el pelo entrecano muy corto, con varias entradas. Orejas grandes, ojos que miran profundo y labios finos. Sus cejas son tupidas y anchas, y su tez es más bien blanca. Saturnina luce igual a Margarita, excepto que, si bien murió joven, su pelo canoso y su mirada cansada la hacen parecer más vieja. Tiene los ojos entrecerrados y la boca entreabierta. Sus cejas son gruesas (el rasgo típico de los Barrientos), la cara es redonda, el pelo es lacio y largo y está peinado con raya al medio.

–Yo capaz que tenía un problema y me reunía con ella [con Saturnina]. Era mi consejera –me dijo la tía María un día en la Fundación. Para todos, era un “pan de Dios”.

–Mi madre era una persona honesta. Tenía la costumbre de poner en el centro de la mesa un plato de más, como un florero, de toda la vida. Era un plato amarillo hondo y lo servía primero. Un día, había hecho un guaschalocro y seguramente nosotros nos quedamos con ganas de comer más. Y le preguntamos si podíamos comerlo. Dijo que no. Preguntamos por qué y ella dijo: “Porque puede venir Dios con hambre y ¿qué le vas a dar de comer?”. Pero siempre llegaba alguien con ganas de comer y ella se lo ofrecía. Era gente hachera, labradores, gente trabajadora, de campo. Siempre había alguna visita que pedía. “¿Comiste?”, es lo primero que preguntaba. Y yo tengo siempre la costumbre de hacer la misma pregunta.

Saturnina tenía devoción por su hijo mayor, Ramón. Cuando se sentía muy mal, mandaba a su marido a que le enviara un telegrama a Buenos Aires. Entonces él volvía a los pocos días, ella lo abrazaba y decía que mejoraba.

Margarita tuvo once hermanos, pero la mayoría “eran muertos ya para ese tiempo”.

–Vivos quedábamos seis. Algunos fallecían cuando eran chicos. Hay una que yo me acuerdo que estábamos jugando a la noche y cayó muerta en el piso en el patio de la casa. Cuando vino mi papi a levantarla, ya estaba muerta. Tendría 3 añitos. Vendría a ser la segunda mía, se llamaba Irma. Nunca supimos

# PAIDÓS

44 / LUCIANA MANTERO

lo que le había pasado. Yo tenía 6 o 7 años. Éramos chicos. Uno no preguntaba. Porque, aparte, la gente de antes, en ese sentido, era muy reservada. Jamás se preguntaba. La educación que nos daban es que cuando había gente mayor conversando, nosotros no teníamos ni que aparecer.

Sus hermanos vivos en esa época se llaman –de mayor a menor– Mónica Barrientos (es 16 años mayor que Margarita y vive en Rafael Castillo);<sup>8</sup> Ramón Gil Barrientos (murió en 1978, a los 30 años, en José C. Paz); Silvia Barrientos (11 años mayor; nunca se fue de Santiago del Estero; hoy pasa sus días en Añatuya); Martín Gerardo Escalada (nació en 1958 y murió en febrero de 2008 en Merlo, provincia de Buenos Aires) y Nilda Escalada (cuatro años menor; hoy vive en Los Piletos). De los seis hermanos que conoció Margarita, su padre honró con su apellido solo a los más rubios.

–Saturnina decía que él pensaba así: que los blancos eran hijos de él y los morochos no. A mí me contó ella. Lo contaba y se reía –me contaría, a su vez, Sara Taiguán, cuñada de Margarita, viuda de su hermano Ramón.

Sobre todo para los más grandes, fue una infancia de trabajo. Araban la tierra, hachaban árboles, recogían algodón, iban y venían a caballo de los obrajes donde el padre trabajaba trayendo y llevando cosas, cuidaban animales. Don Escalada mandó a sus hijos a estudiar hasta tercer grado. Después, decía, los necesitaba para trabajar. No suena extraño: aún hoy el 70% de los jefes de hogares rurales en la provincia no completó la primaria.<sup>9</sup>

–¿Cómo le podría decir? Nosotros nunca recibimos una caricia de la parte de nuestros abuelos... o de nuestro padre mismo. La que siempre daba cariño era mi mamá. Pero ellos no. Ni una caricia ni un cariño, nada. Yo nunca recuerdo que mi

8. Mónica falleció en 2014 (según Margarita, de cáncer).

9. Informe de Desarrollo Social, Casa de Santiago del Estero en Buenos Aires, junio de 2000. Sin embargo, según el censo de 2010 la cifra era del 49%.

# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 45

papá nos haya acariciado. Pero mi mamá, sí. Ella era de hacerte mimos. Ella siempre lo mimaba a mi hermano Martín cuando venía a caballo –recuerda Margarita.

Durante su infancia, en El 25 solo quedaban Silvia (los primeros años), Martín y Nilda. El resto había emigrado a Buenos Aires.

–¿Por qué decidiste venir para Buenos Aires? –le pregunté un día a Mónica Barrientos.

–Porque yo veía que no tenía ropita. Un día, una prima me había prestado un vestidito y, cuando estábamos ahí, delante de la gente, me dice: “¡Sacate mi vestido, mi camisa!”. “¿Qué querés?, ¿que se quede desnuda?”, le dijo una tía. Y ahí yo volví llorando y le contaba a mi mamita y le decía: “Quiero ir con la tía Victoria a Buenos Aires”. Y ahí nomás me mandó.

Los Barrientos vivían como un clan, pero no en armonía. Según Margarita, sus tíos, que ahora la visitan con frecuencia y se van con varias bolsas en la mano, solían maltratarlos cuando veían a su madre pobre y enferma.

–Me llovieron los parientes cuando el Comedor se hizo famoso. Fortunato, por ejemplo, antes no dejaba que sus hijos se juntaran con nosotros, porque se iban a contagiar. –Y agregó–: Yo los recibo igual. Pero les hago saber. Después queda en ellos seguir viniendo.

Aunque no les niega su ayuda, ese “hacer saber” implica cierto desprecio hacia aquellos a quienes Margarita consideró sus enemigos en una vida pasada. Claro que, como en todas las familias, cada uno tiene una versión de los hechos, que rara vez coincide. Tanto para Fortunato como para la tía María, la relación era de amistad y compañerismo. Casi idílica.

Había varios tíos: Miguel Ángel, Fortunato, Ipolo, María, Catalina, Dionisio y Liberata.

–Y mi tío Dionisio y Juan Gil, que no eran Barrientos, eran Taiguán. Tenían otro apellido, quién sabe por qué. Capaz que mi abuelo no habrá ido a darlos cuenta. A mi tío Ipolo lo mataron. Lo mató la mujer. Mis tíos Miguel Ángel y Juan Gil falle-

# PAIDÓS

46 / LUCIANA MANTERO

cieron. Liberata también falleció. Y los únicos que están vivos son tío Fortunato, Catalina y tía María. Mi tío Ipolo era una persona muy especial. Era el tío que yo quería muchísimo. Él fue el único tío que siempre daba vueltas para vernos; cuando mi mamita estaba enferma preguntaba lo que necesitábamos. Era la primera persona que me hizo el agujerito en las orejas y me regaló unos aritos de plata. Y yo siempre pensaba que era mi cumpleaños. Pero nadie te decía.

Tampoco sabía cuándo era Navidad; si festejaban, no lo recuerda. De chica no iba al médico ni al dentista, pero su mamá la hacía lavarse los dientes con el dedo con salmuera para “matar todos los bichos”. Y cuando tenía feo aliento, le daba un té con una cucharadita de sales digestivas.

—Una purga, le decían. Y, si no lo querías tomar, ¡te lo metían todo hasta la garganta!

De grande, conoció el cepillo de dientes por una cuñada.

En cambio, a Margarita le encantaba, y todavía le encanta, bailar. Le enseñaron sus maestras. Con su hermano Martín y dos vecinos animaban los actos escolares.

—La comida por ahí era poco. Éramos pobres. Y ella siempre les daba su comida a los chicos y ella se quedaba sin comer. Así era. Era capaz de dar todo lo que ella tenía —la describió su hermana Silvia.

—Ella siempre fue así como ella es. Era una nena tan buena... ese don de hablar tan lindo ¡Tan distinto a nosotros! —me dijo Mónica Barrientos.

—Margarita era bondadosa, compañera. Cantaba, dos por tres —contó su tío Fortunato.

—Yo siempre fui una persona muy solitaria. Que cuando me ponía a hacer algo, siempre lo hacía —se describió a sí misma Margarita.

El mediodía se acerca y decidimos volver a Añatuya. El cansancio pesa sobre nuestras espaldas cada vez más encorvadas; la modorra del sol nos achina los ojos. Dejamos el cementerio de Nasaló para la tarde.

# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 47

—Un día, la señorita me había prestado un manual y me puse a ver los dibujos de vestidos largos y lindos —me dice Margarita en el auto—. Me acuerdo que mi mamita estaba muy enferma. Estábamos con mi papá, mi mamá estaba internada. Y ahí fue cuando le dije: “Papi, yo quiero ser presidenta”. Seguramente había visto en el manual que había un presidente. Y él me respondió: “Ay, m’hija. Chancho flaco sueña con maíz”.



Esa tarde, antes de partir hacia nuestro segundo destino, el cementerio de Nasaló, sumamos a Silvia, la hermana de Margarita, que nos espera ansiosa. *Las nenas* y Zoe se quedan jugando en su casa con los primos segundos.

Margarita lleva en la mano un ramo de flores; Silvia, varios utensilios de limpieza: una pala, un cepillo, trapos. Vamos en silencio hasta que, ya en la ruta, Margarita empieza a contar una historia de la infancia.

—Me acuerdo una noche que mis papis no estaban. Habían ido al hospital. Mi mami estaba internada. Y nosotros estábamos solitos en la casa, con Martín y Nilda. Mi papi tenía una escopeta y siempre le enseñaba a Martín cómo manejar la escopeta... Y esa noche nos apareció una cosa muy fea, nosotros vamos a... Sentíamos que los perros ladraban y ladraban y lloraban. Teníamos muchos perros en el campo; mi papá solía cazar leones, guazunchos. Y lloraban mucho los perros y corrían adentro. Y, de repente, en la puerta de nosotros, apareció un enorme bicho, así, parecía un ternero chico. No sé qué es lo que era. Tenía unos ojos que parecía que tiraban llamas. No hacía ruido. Se paró en la puerta donde estábamos acostados nosotros y nos miró. Se paró y nos miró, y salió al trote y se fue. Parecía que era un animal con muchas tetas o algo que golpeaba, hacía tuc, tuc, tuc... ¡Nosotros lloramos tanto ese día! Nos acostamos los tres en el catre, que lo habíamos atravesado en la puerta, antes de nada, vio. Yo habré tenido 8, 9 años. Fue una cosa muy fea.

# PAIDÓS

48 / LUCIANA MANTERO

Frenamos el auto alrededor de 5 kilómetros antes de El 25, a unos 300 metros de lo que era la estación de tren. El cementerio de Nasaló debe abarcar 40 metros por 40 metros; es un cuadrado alambrado que apenas se ve desde la ruta. Alberga unas cincuenta tumbas; casi la mitad son Barrientos: Miguel, Dionisio, Ipolo, Santos, doña Aurelia...La mayoría no tiene nombre. Cuenta Margarita que el lugar tiene “como doscientos años” y que lo mantuvo su abuelo, que mandó a hacer el tejido de alambre para rodearlo. Luce algo descuidado: en el suelo crecen a su antojo algunas pocas hierbas amarillentas, las tumbas están polvorientas y algunas despintadas, el tejido de alambre fue roído por el salitre. La cruz mayor del cementerio es de madera y está decorada con unas flores de plástico blancas y rojas. Está elevada sobre un cubículo de ladrillos. Las tumbas, en su abrumadora mayoría de ladrillo con cruces de quebracho colorado, están dispersas por el terreno. Algunas tienen ladrillos colocados en diagonal; otros, como triángulos o en dos hileras o en forma de cruz.

Cinco tumbas llaman la atención por sus construcciones y diseños. Son nichos blancos, de cemento, con flores artificiales de color naranja. Todas son de familiares de Margarita. Dos guardan los restos de Irma y Armando, que murieron de niños. Su madre, Saturnina, se sentaba al pie a llorar por ellos. Ahora es Margarita la que llora recordándola, mientras Silvia pasa el cepillo casi compulsivamente, en silencio. Las otras tres son las de sus abuelos Isidro y Francisca, y la de Saturnina. Es un rectángulo de cemento blanco de 10 centímetros de espesor sobre el que se erige una pequeña ermita, también blanca, a modo de altar para colocar flores, velas y estampitas. Del techo triangular sale una cruz.

La tumba la hizo Isidro. Le puso una placa de bronce que dice:

Saturnina Barrientos/  
Mamá/



# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 49

Vivirás eternamente en el corazón de tus hijas, hijo político y nietos.  
Mayo de 2001.

Margarita y Silvia pasan un cepillo y colocan ocho velas, la estatua de la Virgen de Luján y un jarrón marrón con flores blancas. Recuerdan en silencio.

–El otro día soñé que, de repente, como que era yo que me miraba desde arriba. Como que me iba. Y me quedaba a medio camino para encontrarme con mi abuelo, con mi mamá y con Martín –me dice Margarita.

Alrededor, merodean unas mosquitas. En el piso, yacen muertas varias decenas de langostas gigantes.

–El día que mi mamá se estaba por morir, yo entré a su pieza y la vi con la cabeza apoyada contra una ventana. Ella me miró llorando y, entonces, salí corriendo y me choqué de frente con el maestro, que venía a despedirse de ella. Seguí corriendo para el campo. Tenía 10, 11 años. Mi papá nos decía: “Qué bueno que tengan sueños. Pero la vida no es un sueño”. Nos estaba preparando para que mi mamá se muriera. Y se murió un 26 de julio, cuando estábamos solos con Martín y Nilda. Hace rato no íbamos a la escuela, no me acuerdo por qué. Serían como las diez de la mañana y nos llamó mi mamá y nos dijo que le había llegado la hora, que teníamos que ser fuertes. A Martín lo mandó a hacer una tortilla. Se pasó todo ese día hablando. Y a eso de la tardecita, casi de noche, nos mandó a buscar a don Peralta, un vecino que tocaba el violín. Ella falleció en brazos de él. Supimos que se había muerto porque él lloró.

Margarita me contó esta escena durante nuestra primera entrevista con un grabador encendido, un día de otoño de 2009. Hablaba con voz lúgubre y le caían las lágrimas.

–Siempre le pido a Dios no equivocarme –decía–. La muerte de mi mamá fue el golpe más duro que viví.

–¿Qué pasó después de la muerte de tu mamá? –le pregunté en otra entrevista. Estábamos en la Fundación, en un cuarto

# PAIDÓS

50 / LUCIANA MANTERO

que ella llama *la Panadería*. Desde el Comedor llegaban los gritos, se escuchaba el sonido de los bancos y las sillas contra el piso, el roce de los cubiertos sobre el plato.

—Después que falleció, nosotros estuvimos poquitos días ahí en la casa. Y un día vino mi papi y dijo que nos iba a llevar a un obraje. Y así fue. Nos fuimos adonde él trabajaba, que se llamaba Obraje 58.

—¿Por qué se mudaron?

—Y, a lo mejor, por los recuerdos. Quién sabe. Él no quería que nosotros suframos el recuerdo de que mi mamá no estaba. Lo único que él había llevado era una mesa y un banco. Y dos baúles de bronce. No llevamos cama, no llevamos nada. Él construyó catres de tiento [de cuero de vaca] para que durmamos. Y nos mudamos. Fuimos en dos yeguas y una burra, y teníamos una zorra que había pedido prestada. Yo tenía 11 años, Nilda 7 y Martín 13. Y mi papá, a los pocos días, nos dijo que él iba a ir a otro lado a buscar trabajo y que cuando estuviera instalado iba a venir a buscarnos. Me acuerdo que había estado afilando todo un día el hacha, cuando ya se estaba por ir. Preparaba todas sus herramientas para irse. Agarró el hacha, una bolsita con harina, yerba y azúcar y se fue. Y así fue. Pasó mucho tiempo, no sé cuánto, y él nunca más volvió.

—¿Volviste a saber de él alguna vez?

—Había sido que él estaba vivo y vivía en los campos trabajando y nunca había vuelto al pueblo. Un día, mi hermana Silvia lo encontró y se lo llevó a la casa, pero ya cuando era muy viejito. Y falleció ahí. Pero yo, mi hermano Martín y Nilda nunca más lo vimos.

—¿Cómo era su vida cuando tu papá se fue? ¿Cuánto tiempo estuvieron ahí solos?

—Esto era relejos del pueblo Añatuya, en medio del campo. Y ahí estuvimos muchísimo tiempo. Pasamos todo el invierno y el verano allá, solos. Salíamos a cazar o a juntar los huevitos de las perdices. Cazábamos comadreja, matacos, iguanas. Martín era experto en eso. Siempre uno veía como hacía mi

# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 51

mamita. Comíamos zapallo asado, choclo asado. Papá había dejado mercadería para que nosotros podamos comer. Quién sabe cómo hacíamos, pero yo me acuerdo que comíamos. Después, todo eso se fue terminando y nosotros seguíamos ahí. Nadie venía nunca a vernos. Estábamos en el medio del monte, no había nada. Dormíamos los tres juntitos porque teníamos miedo. Me acuerdo que las lechuzas silbaban, que eran pájaros de mal agüero. Y nosotros ahí. Nos calentábamos con fuego que prendíamos afuera y traíamos las brasas adentro. Nos agarraba lluvia... Hemos sufrido mucho. No me acuerdo cuánto tiempo fue, pero sé que mucho, porque nosotros teníamos alpargatitas nuevas cuando mi papá se fue. Y cuando nos fuimos de ahí ya no teníamos zapatos de lo rotos que estaban. Y una tardecita ya estaba cayendo el sol y llegó en bicicleta mi tío Ipolo. Era una noche en verano y nos dijo que andaba buscándonos hace rato. Preguntó por mi papi y dijo: “Mañana temprano voy a mandar al comisario para que los lleve al pueblo, porque, si no, aquí puede comerlos hasta un león y nadie va a saber”. Y era cierto, porque nosotros vivíamos en el medio del monte, ¿vio? Y dijo eso y se fue.

—¿Llegó el comisario a buscarlos?

—No lo sé. Nos fuimos antes, al amanecer. Teníamos miedo. Ensilamos las dos yeguas que nos quedaron y nos fuimos. Martín era el del cerebro. Cuando decidió irnos, me acuerdo que nos despertó y me dijo: “Gringa, gringa, levántate”. Se ve que hacía rato que estaba levantado. Y ahí nomás nos dibujó en el piso lo que íbamos a hacer. “Vos tenés que ir por acá. Vas a demorar dos días para llegar al pueblo. Cuando vos llegues al pueblo, vas a ver casas. Sacale el freno a la yegua y soltala. Cuando llegue la noche, dormí arriba del árbol para que no te coman los leones. Yo me voy a ir a Toba (un pueblo a 15 kilómetros) y voy a buscar trabajo. Y algún día, cuando seamos grandes, nos vamos a volver a juntar”.

Margarita cuenta que montó una de las yeguas con Nilda y partieron para Añatuya. Cuando llegaron siguieron a pie, descalzas.

# PAIDÓS

52 / LUCIANA MANTERO

—Ella tenía puesto un bombachoncito que mi mamá le había hecho y una remerita, y yo tenía un vestido blanco con flores, no me acuerdo el color. Martín me había dicho: “Orillá el pueblo y fijate dónde hay alguna casa. Dejala a la Nilda y andate. Porque vos, con ella, no vas a ir a ningún lado”. Seguramente cuando llegamos al pueblo teníamos hambre. Porque los dos días de viaje comíamos tunitas, frutitas de piquillín, la frutita de tala, que era como una naranjita. Y yo hice como Martín dijo. De lejos vi un ranchito que estaba humeando y le digo: “Nilda, andá a pedirle tortilla a la señora”. Nunca me voy a olvidar. Yo pisé el alambrado y lo levanté y ella pasó. Y cuando salió corriendo por el medio de los yuyitos, yo salí corriendo para el otro lado y me fui para la ruta. Yo me di vuelta en un momento y la vi que ella lloraba y que me llamaba. Pero seguí corriendo...

En otra conversación posterior, continuó la historia:

—Corrí para la ruta y me fui caminando a la estación de tren. Era lo único que conocía, porque, cuando iba al pueblo con mi mamá, tomábamos el tren que nos llevaba a donde vivíamos nosotros. Así que cuando vino el tren, a la tarde, me subí. No tenía nada de plata. Ni conocía lo que era la plata. Tenía solamente una bolsita chismosa, de plástico, esas que se usan en el campo para hacer las compras, con manijita redonda hecha de alambre, me acuerdo. No sé qué tenía ahí adentro. Y subí al tren, al último vagón, y me senté a llorar. Eran esos trenes viejos, cargueros. El vagón era grande, de esos cuadrados. Grandísimos. Como 3 metros de largo tenía. Era verano, porque no me acuerdo que llevara abrigo. Venían animales en el vagón. En esos años, mandaban chivitos vivos, gallinas, y yo me subí ahí, con los animales. Y me acuerdo que el guarda que andaba recorriendo me vio y no me dijo nada, nada. Me alumbró con la linterna y me dejó seguir. El viaje tardó como un día y medio.

Margarita dice que así, a los 11 años, dejaba el único mundo que había conocido. Que iba tras los pasos de su hermano

# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 53

Ramón, que sabía que vivía en José C. Paz –un partido del noroeste del conurbano bonaerense, a 35 kilómetros de la Capital– porque tenía su dirección en una carta. Que pensó que solo era cuestión de preguntar para encontrarlo.

–Cuando llegué a Retiro, era de mañana y había mucha gente que esperaba. Tenía mucho miedo, muchísimo miedo. Me acuerdo que lloraba. Creo que nunca en la vida extrañé tanto a mi madre como en ese momento. El tren entró por una calle oscura y yo me bajé. Caminé y me fui por una galería y le pregunté a un hombre que había ahí adónde era el tren que iba a José C. Paz. “Es ese tren. Cuando veas que hay un arco que diga *José C. Paz*, ahí tenés que bajar.” Pensaba mucho en Martín, en la Nilda, en por qué me había venido sola a ese lugar tan grande y tan triste. Pero me subí al tren. Yo venía esperando ver el arco y cuando lo encontré tenía una alegría enorme. Pero el tren seguía a tanta velocidad que no sabía que tenía que parar, vio, que ese era un aviso que se entraba a José C. Paz. Y agarré y me tiré. Porque yo decía “¡Adónde me llevará!”. El tren iba rapidísimo y cuando me tiré me sujetó un palo de la luz, un poste, que me golpeó en el estómago y me hizo rebotar para el costado. Si no, me hubiese caído abajo del tren. Me tragué todos los dientes, me lastimé toda la cara, me quebré dos costillas, me rompí todas las rodillas, los brazos. Quedé tirada al lado de las vías. Cuando me desperté, me habían llevado al hospital Larcade, de San Miguel (partido limítrofe con José C. Paz). Vi gente así, toda de blanco, y yo estaba acostada en una cama toda blanca. Parecía que estaba en las nubes. Pero tenía sangre por todos lados. Y, después vino la policía, al otro día, a preguntarme por qué me había tirado del tren. Y entonces les conté que yo tenía un hermano y había venido a buscarlo. Me acuerdo que las monjitas me vistieron. Me dieron ropa, zapatillas. Estuve nomás tres días internada. Al tercer día, llegó Ramón.

Nos vamos del cementerio de Nasaló alrededor de las siete. Ya está anocheciendo y, al mirar hacia atrás, desde la ruta,

# PAIDÓS

54 / LUCIANA MANTERO

se ve brillar la luz de las velas dentro del altar. El sol se pone, anaranjado.

Volvemos a Añatuya, en busca de un cabrito para el almuerzo familiar del día siguiente.



Añatuya se encuentra a 485 kilómetros al suroeste de Resistencia, a 295 al sureste de Tucumán, a 932 de Buenos Aires y a 969 de La Quiaca. En este recóndito lugar del noroeste de la Argentina, la siesta es religión y el Festival de la Tradición, que se celebra en febrero, durante siete noches seguidas de recitales y baile, su mayor motivo de orgullo.

Escapándose de la zona más céntrica en que se halla el hotel Difuncor, las calles de asfalto dejan lugar a las de tierra. Después de unos diez minutos en auto se llega a Colonia Osvaldo, el barrio en el que viven Silvia, una de las hermanas de Margarita, y varios de sus hijos.

En Colonia Osvaldo, la mayoría de las casas está hecha de ladrillos unidos con barro y techos de pasto y paja; parecen quinchos. Justo frente a la puerta de Silvia, una nena descalza, vestida casi con andrajos, se agacha para recoger agua de una canilla pública. Se escucha cumbia a todo volumen.

Más de la mitad (el 57,4%) de los niños menores de 18 años en la capital santiagueña y La Banda (las dos principales ciudades de la provincia, a unos 200 kilómetros de Añatuya) se encontraban en situación de pobreza en 2006.<sup>10</sup> La cifra ubicaba a la provincia como la cuarta dentro de aquellas que poseen los peores indicadores del país.<sup>11</sup>

10. Nota de la Agencia de Noticias Risolidaria, agosto de 2009 ([www.risolidaria.org.ar](http://www.risolidaria.org.ar)), sobre la base de un estudio de Unicef y el Ministerio de Economía de la Nación, 2006. En 2016, según la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del segundo trimestre, los niños de 0 a 4 años en situación de pobreza eran el 57%.

11. Informe de Desarrollo Social, Casa de Santiago del Estero en Buenos Aires, junio de 2000.

# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 55

A fines de la década del noventa, el 32%<sup>12</sup> de los hogares santiagueños tenía sus necesidades básicas insatisfechas: no contaban con una vivienda digna ni servicios básicos como agua potable o cloacas; sus integrantes en edad escolar no iban a la escuela; ganaban muy poco o no tenían empleo. En el departamento donde nació y vivió Margarita (Ibarra), esta cifra subía al 46%:<sup>13</sup> 1432 hogares indigentes. Si bien los indicadores sociales de Santiago del Estero, en la versión oficial, han ido mejorando en los últimos años, históricamente han sido una catástrofe y están muy por debajo del promedio nacional. Por ejemplo: mientras que en 1991 el 6,5% de las viviendas argentinas carecía de electricidad, en Santiago esto le ocurría al 37,1%;<sup>14</sup> y, mientras que el 6% en el país tenía piso de tierra, en la provincia de la que Margarita es oriunda esto ocurría con el 34%<sup>15</sup> de los hogares.

La de Silvia es una de las mejores casas de la zona. Vive con tres de sus hijos y dos nietos. Comparte el terreno con la casa de su hija mayor y su esposo. Ambas son de ladrillo a la vista, pintado de un salmón oscuro, y están separadas por un pasillo angosto. La antesala es un patio de tierra con macetas y sogas con ropa colgada.

En un costado Gerardo, el sobrino más pintón –igualito a su padre, según Silvia–, se ocupa de la carne. Un cabrito abierto en dos se cocina a las brasas sobre dos rectángulos de hierro. La parrilla de ladrillos que se alza a unos metros le sirve a Silvia para cocinar alguna otra cosa. Dice que tiene gas en la casa, pero prefiere, por costumbre, el sabor de la comida cocinada a leña, bien ahumada, como en su infancia.

12. *Ibíd.* Según el censo del Indec, en 2010 era el 17,7%.

13. Según el censo del Indec, en 2010 esta cifra era de 25%.

14. Informe de Desarrollo Social, Casa de Santiago del Estero en Buenos Aires, junio de 2000. Según el censo de 2010, estas cifras eran de 2 y 14% respectivamente.

15. Informe de Desarrollo Social, Casa de Santiago del Estero en Buenos Aires, junio de 2000. Según el censo de 2010, estas cifras eran de 2,6 y 18,3% respectivamente.

# PAIDÓS

56 / LUCIANA MANTERO

Dos amplios arcos dan paso del patio a una galería, que concede algo de sombra. Allí pasamos el mediodía, entre mesa, sobremesa y recuerdos.

Silvia nos recibe con alegría. Es flaca y de estatura mediana. Viste una camisa muy colorida y lleva el pelo entrecano sujeto en un rodete tirante. Tiene veintinueve nietos, “¡y seguro que conté mal y son más!”, dice antes de echarse a reír. Silvia desborda buen humor y se la pasa haciendo chistes.

De joven, se casó con Rufino Lorenzo Sánchez, hijo del comisario de El 25, en una ceremonia casi anónima que delata lo que era la vida en pleno campo santiagueño. Para entonces, vivían en un paraje rural, cerca de la frontera con Santa Fe.

—Un día viene una monja y dice: “Señora, ¿usted dónde vive?”. Le digo: “En ese galpón grandote”. Ya teníamos los primeros hijos. Y me dice: “Señora, nosotros estamos anotando para casarlos a la gente de aquí”. Y éramos como quince matrimonios, ¿ha visto? Entonces viene mi esposo y le dice la monja: “Vamos a casarlos”. “Bueno”, me dice él, “vamo’ a casarnos”. Y la monja nos llevó a un galpón chiquito y ahí nos casaron. Pero nadie sabía de mi familia. Después yo me he ido a ver a mi mamá, que vivía lejísimos, y le he dicho: “Mamita, yo me he casado”. “Bueno, hija. ¡Ay, qué lindo!” Pero nadie sabía de nuestro casamiento. Éramos muchos, mucha gente muy pobre. Todos éramos pobrecitos ahí. —Y Silvia se ríe, tal como hace Margarita para aflojar los momentos más dramáticos de sus relatos, cuando habla de su vida de extrema pobreza—. El cura me dice: “Doña Silvia, ¿y el anillo?”. “Ay, padre, ¡no tengo anillo!” —Y se ríe aún más fuerte, como remarcando aquel absurdo—. ¡Quería el anillo el cura!

Tuvieron nueve hijos: Gustavo, Arnaldo, Jorge, Carlos, Diego, Gerardo, Mercedes, Silvia, María. Rufino también se había criado en el campo; trabajó toda su vida cortando leña para hacer el carbón. Ella, mientras tanto, lavaba y planchaba para ayudarlo. Juntos cosechaban zapallos que Rufino vendía en Santa Fe.



# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 57

En 1999 Rufino murió de un ataque al corazón. Desde entonces Silvia vive con la pensión que le transfirieron al enviudar.

Cuando Margarita partió de Añatuya pasaron años sin noticias. Un día, Silvia recibió un llamado de Mónica: se había reencontrado con Margarita, que vivía en José C. Paz. Viajó especialmente para verla.

–¿Cuántos años pasaron sin verse?

–Muchos años, Silvia, ¿no? ¿Diez años? –pregunta Margarita.

–Casi once años –confirma Silvia.

–Un montón de recuerdos.

–Sí, un montón de recuerdos –dice Margarita–. Vi a mi mamá, vi a toda la gente que uno amó y perdió.

–¿Dónde se reencontraron?

–¿Fue en Lugano esto? ¿Fue por acá, Silvia? –pregunta Margarita.

–No, yo me fui –aclara Silvia–. ¿Te acordás? Me fui a casa de Mónica y ustedes han venido a llevarme.

–Ah.

–¿No te acordás?

–No.

–Y ahí retomaron.

–Sí. Yo, además, con todo el trabajo mío, está difícil venir.

–No se puede –confirma Silvia–. A veces está difícil ir para allá también. No se puede.

Doce años después, por obra y gracia de la televisión, Silvia se enteraría de que su hermana era una especie de heroína nacional. Uno de sus hijos se le acercó y le dijo que “la tía Margarita” había salido “la señora del año”.

–¡No podía creeeerrr! –dice Silvia.

–Yo le voy a contar algo. El otro día estábamos en la despena con Mery [por María José, una especie de asistente de Margarita e Isidro y administrativa de la Fundación]<sup>16</sup> y estábamos charlando y me dice: “Margarita, ¿por qué no la llama a

16. Ya no trabaja en la Fundación.

# PAIDÓS

58 / LUCIANA MANTERO

su hermana Mónica?” “No, no. Yo a Mónica la quiero porque es mi hermana. Pero no siento el amor que yo le tengo a ella [por Silvia], no lo siento por nadie.”

–Tienen una relación especial... ¿Por qué?

–Por ejemplo, yo siempre recuerdo a Rufi [por Rufino, esposo de Silvia]. Que cuando yo era chica, que mamita siempre estaba enferma, y llegaba un fin de semana y nos traían galletita y pan al desayuno. Ellos vivían lejos.

–Mi hermana Mónica, ella siempre ha sido...; ella trabajaba –acota Silvia–. Ella siempre era muy delicada. Y nosotros somos muy humildes.

–Ella era criada por gente, desde muy chica –dice Margarita, en referencia a que Mónica trabajó en casas de familias de clase media y alta, cama adentro.

–Trabajaba y le enseñaban cómo se preparaba una mesa. Todas esas cosas muy buenas. Y entonces nosotros, era como que ella nos quería enseñar –agrega Silvia.

–Éramos las ignorantes y nosotros viste que éramos... [Risas de ambas.]

–No me gustaba cuando me decía: “No, Silvia, sentate bien”. ¿Te acordás? Yo hacía una mesita humilde, un mantelito siempre bien puesto. Y siempre venía y me decía: “¿Por qué no has puesto mantel?”. [Risas.] Y a mí no me gustaba, ella siempre me retaba.

Seguimos sentadas bajo la galería, mientras los sobrinos cocinan y nos acompañan esporádicamente. El agua para el mate, preludio del almuerzo y compañero de toda hora, se calienta en un brasero. Se suma Isidro.

*Margarita:* ¿Qué pasó con el Gauchito Gil?

*Mercedes (hija de Silvia):* Lo sacamos. Porque nos hemos hecho evangélicos.

*Margarita:* Aaaaah... [Cara de espanto.]

*Mercedes:* Sí, hace tres años. Lo hemos regalado a una señora de por acá.

Isidro le pregunta a Silvia hija por su educación.

# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 59

–Siempre ha querido que estudiemos –me cuenta Mercedes–. Ella llegó a completar el primario y trabaja como empleada doméstica en una casa en el centro de Añatuya.

Hablamos de la distancia con Buenos Aires. Isidro cuenta que muchas veces ha tenido que llevar y traer gente en su auto desde distintas provincias a la Capital y darles albergue: conocidos de conocidos que lo llamaban desesperados porque sus hijos tenían que internarse en el hospital Garrahan y no tenían cómo llegar ni dónde dormir.

El mate, con mucho edulcorante, circula, generoso. Vuelan varias moscas a nuestro alrededor. La conversación deriva en los secuestros de mujeres para redes de trata y en los casos de robos y venta de bebés en la zona. Añatuya es famosa por ser el lugar con mayor porcentaje de adopciones irregulares y venta de bebés del país. Silvia conoce varias vecinas que, con o sin su consentimiento, se quedaron sin alguno de sus hijos.

Una hora más tarde nos sentamos a almorzar. La sombra apacible de la galería nos refugia del sol y alivia la temperatura de más o menos 30 grados. Comemos cabrito, chorizo y algo de carne de vaca; empanadas típicamente santiagueñas, hechas por Silvia y sus hijas: con mucho relleno de carne picada y huevo; ensalada rusa y unos panes redondos y caseros que llaman *tortilla*. Tomamos cerveza, agua, Coca-Cola y Fanta de primera y segunda marca.

Margarita le entra sin pudor al cabrito y a las empanadas. Sus sobrinos se desviven por agasajarla y también a Isidro: la fuente se deja al lado de los invitados, le ofrecen ir a comprar Coca-Cola para reemplazar la Winner's Cola, les dejan la cacerola.

Diego hace un chiste sobre Mercedes y su marido, algo sobre Terminator versus Peso Pluma (ella es grandota y él es flaquito). Todos nos reímos. Mercedes también. Entonces alguien se la agarra con la tía Margarita y sus kilos.

–¡Qué maldito! No quiero que le den más cerveza, porque, si no, va a terminar hablando mal de mí –se queja ella entre risas.

# PAIDÓS

60 / LUCIANA MANTERO

En la mesa no hay servilletas (una costumbre también adquirida por Margarita). Usamos un repasador, que pasa de mano en mano.

Margarita cuenta que Mirtha Legrand, una de las dos máximas divas de la televisión argentina, la invitó diecisiete veces a su programa; que es la persona a la que más invitó en la historia, y que hubo un año en que fue seis veces.

—Yo lo que no sé es los tenedores. Porque te ponen tres clases: grande, mediano y chico. Yo siempre miro a los otros.

*Silvia:* Claro, el más grande es para el guiso.

*Mercedes:* ¿Y el otro?

*Silvia:* ¡Para el guiso!

La mesa se llena de risotadas. Mercedes aclara, entre risas:

—¡Claro, ellos no comen todos los días guiso!

Margarita me cuenta, los demás escuchan en silencio, que la refacción de la casa de dos plantas que se halla detrás del centro de salud de la Fundación les costó 260.000 pesos. Que la llamaron del Ministerio de Desarrollo Social de la ciudad de Buenos Aires para ofrecerle 15.000 pesos para comprar ollas y ella duda si aceptarlo, porque les quiere pedir 350.000 pesos para hacer otra obra, un poco más lejos, que será una escuela de carpintería y oficios. Es mucha plata para cualquiera, cifras siderales en ese contexto de tanta pobreza. Nadie hace comentarios. Trato de imaginarme qué deben de estar pensando sus sobrinos, que apenas tienen una casa o la están construyendo, que se desloman en el campo y aun así viven al límite de la pobreza. Sin embargo, Margarita habla con mucha naturalidad. Ella les ha dado trabajo, les manda cosas, los recibe en Buenos Aires en su casa cada vez que van por tiempo indefinido. Tal vez no haya margen para la envidia, tal vez nunca se les haya cruzado por la cabeza.

Diego, Gerardo y Arnaldo trabajan en un campo ubicado entre Real Sayana y Pintos, dos pueblos cercanos, cortando leña, haciendo carbón.<sup>17</sup>

17. En 2017, con la inauguración del comedor en Añatuya, algunos de sus sobrinos también empezaron a colaborar en la obra.

# PAIDÓS

VIAJE HACIA SU INFANCIA / 61

–Es lo que hay acá. No hay mucho más. Se van de Añatuya los lunes y vuelven los viernes. A veces, por quince días. Duermen en ranchos precarios.

–Somos catorce hombres trabajando y sacamos 30.000 kilos de carbón por semana –me cuenta Gerardo.

En el obraje, tres de ellos cortan leña y el resto se encarga de meterla en los catorce hornos de 50 metros cada uno. Al entrar a distribuir la madera, los calores agobiantes les deterioran los pulmones.

–Se cortan 500 metros de leña por semana. Son montes viejos y queda trabajo solo para tres meses más. Después el Gobierno les va a sacar el permiso de tala. El desmonte tendría que parar. Pero vivimos de esto. Si no, nos morimos de hambre –dice.

El resto de los hermanos trabajan como albañiles. El carbón y el ladrillo son las principales fuentes de trabajo de la zona.

Atestada de donaciones, después del *shock* de popularidad de 1999, Margarita volvió a Añatuya a ayudar. Unos diez años después, la leyenda sigue flotando sobre la mesa.

*Isidro:* Acá la vez que estuvimos más fue cuatro días. ¿Te acordás?

*Gerardo:* Vinieron a repartir y la gente se tiraba encima de las cosas.

*Margarita:* Yo quiero volver. Pero quiero encontrar un camión que no me cobre. Vos sabés que yo tenía la oficina hasta el techo de cosas para traer ahora.

*Isidro:* ¿Te acordás que fuimos con el Arnaldo y cuando nos vieron las mujeres se metieron adentro y no querían hablar con nosotros? “¿Por qué me quiere ayudar?” “Nosotros ayudamos a la gente”, le digo. “¿Y por qué ayudás a la gente?” Claro, porque la gente cree que le van a robar los chicos, algo así.

*Margarita:* Si venimos con un camión, ¿adónde tendríamos que ir?

*Isidro:* ¿Sabés lo que trajimos esa vez? ¡De todo!

*Margarita:* Pero esta vez tenemos que hacer distinto. No que la gente se abalance así sobre el camión.

# PAIDÓS

62 / LUCIANA MANTERO

*Diego:* Las mujeres se peleaban por los zapatos, se le fueron al humo por la comida. Caía la ropa y pisaban y agarraban otra. Agarraban zapatos de a uno y quedaban pares sueltos.

*Carlos:* Tendríamos que traer a la policía para que respeten un poco.

*Isidro:* Si no, no se puede.

*Margarita:* No, pero vamos a hacer distinto.

*Mercedes:* ¿Te acordás, tía, que le pasaban ropa a los chicos por el alambrado y seguían agarrando?

*Margarita:* Bueno, pero la gente es así en todos lados. Allá también. Allá, en este momento, es como que está todo bien; si necesitan ropa, le doy; necesitan calzado, le doy; necesitan frazadas, le doy; un colchón, si no tengo, lo busco, pido y lo tengo. Es como que la gente está bien: tienen para comer todos los días, desayunan, almuerzan, cenan... A mí me gustaría venir para acá.

*Silvia:* Tendríamos que ver quién realmente necesita. Porque acá había otros que han venido en *remise*. Eso me decían las directoras y las maestras.

*Diego:* Hacer de otra forma...

*Isidro:* ¡Sabe el camión que trajimos!

*Gerardo:* ¿Se acuerda, tía? Había un chango que iba con la ropa caminando y decía: “Esto me lo regaló la mujer del mundo”. [Todos se ríen al unísono.]

*Silvia:* ¡Alma bendita, pobre!

*Margarita:* ¡“La mujer del mundo”!